

Kautilya: un antiguo Maquiavelo

I. CANDRAGUPTA

En el año 327 a. C., ALEJANDRO EL GRANDE, procedente de Persia, cruzó el Hindu Kush y descendió a la India. Durante un año hizo campaña en los estados del noroeste, que formaban una de las provincias más ricas del imperio persa, exigiendo provisiones para sus tropas y oro para su tesoro. A comienzos de 326 a.C. cruzó el Indo, se abrió camino lentamente en combate a través de Taxila y Rawalpindi hacia el suroriente, encontró al ejército del rey PORO y derrotó a 30.000 infantes, 4.000 jinetes, 300 carros y 200 elefantes, y dio muerte a 12.000 hombres. Cuando PORO, que luchó hasta el final, se rindió, ALEJANDRO, admirando su valor, su talla y sus bellas facciones, le preguntó qué trato le placía recibir. «Trátame, ALEJANDRO—le respondió—majestuosamente». «Por mi propia consideración—dijo ALEJANDRO— así te trataré; por la tuya, pide lo que te plazca». PORO contestó que todo estaba incluido en lo que había pedido. ALEJANDRO quedó muy complacido con esta réplica; lo hizo rey de toda la India conquistada como tributario de Macedonia y desde entonces halló en él a un aliado leal y enérgico¹. ALEJANDRO quiso entonces avanzar hasta el mar oriental, pero sus soldados protestaron. Después de mucha oratoria y

muchas bravatas, cedió ante ellos y los condujo—entre tribus patrióticamente hostiles que obligaron a sus fatigadas tropas a combatir durante casi todo el camino— por el Hidaspes y siguiendo la costa, a través de Gedrosia, hasta Beluchistán. Cuando llegó a Susa, veinte meses después de iniciar el retorno, su ejército no era más que un mísero fragmento del que había cruzado la India tres años antes.

Siete años después ya había desaparecido de la India todo vestigio de la autoridad macedonia². El principal agente de esta supresión fue uno de los personajes más románticos de la historia de la India, inferior a ALEJANDRO como guerrero, pero superior como gobernante. CANDRAGUPTA era un joven *kshatriya*, noble, desterrado de Magadha por la familia Nanda, que gobernaba el país y con la cual estaba emparentado. Con ayuda de KAUTILYA CANAKYA, su sutil y maquiavélico consejero, el joven organizó un pequeño ejército, venció a las guarniciones macedonias y declaró libre a la India. Luego marchó a Pataliputra³, capital del reino de Magadha, fomentó una revolución, se apoderó del trono y estableció a la dinastía Maurya, que habría de gobernar a Indostán y a Afganistán durante ciento treinta y siete años. Subordinando su valor a la sabiduría inescrupulosa de KAUTILYA,

CANDRAGUPTA muy pronto logró que su gobierno fuera el más poderoso de los que entonces existían en el mundo. Cuando MEGÁSTENES llegó a Pataliputra como embajador de SELEUCO NICÁTOR, rey de Siria, quedó asombrado de encontrar una civilización que describió a los incrédulos griegos –aún cerca de su apogeo– como totalmente igual a la suya⁴.

El griego hizo un relato agradable, quizá indulgente, de la vida india de su época. Le causó una impresión favorable, en comparación con su propia nación, que en la India no hubiese esclavitud («Es gran cosa que en la India –dice ARRIANO– todos los habitantes sean libres, pues no hay un solo indio que sea esclavo»⁵ y que, pese a que la población estaba dividida en castas de acuerdo con sus ocupaciones, se aceptaran estas divisiones como naturales y tolerables. «Viven suficientemente felices, –informó el embajador– pues sus costumbres son simples y frugales. Nunca beben vino, excepto en los sacrificios [...] La simplicidad de sus leyes y de sus contratos se evidencia en el hecho de que rara vez recurren a las leyes. No entablan juicio sobre fianzas y depósitos, ni requieren sellos o testigos, sino que hacen sus depósitos y confían en el otro [...] Estiman por igual a la verdad y a la virtud [...] La mayor parte del suelo tiene irrigación y, en consecuencia, tienen dos cosechas en el año [...] Se afirma que la hambruna nunca ha visitado a la India y que nunca ha habido escasez de alimentos nutritivos»⁶.

En la época de CANDRAGUPTA, la más antigua de las dos mil ciudades⁷ del norte de la India era Taxila, veinte millas al noroeste de la moderna Rawalpindi. ARRIANO la describe como «una ciudad grande y próspera»; ESTRABÓN dice que «es grande y tiene las leyes más excelentes»⁸. Era una ciudad militar y universitaria, situada estratégicamente en la

principal ruta al Asia occidental, y tenía la más famosa de las universidades que la India poseía en esa época. Los estudiantes se congregaban en Taxila así como en la Edad Media se congregaban en París; allí se podían estudiar todas las artes y las ciencias con eminentes profesores, y la escuela médica, en particular, gozaba de gran reputación en todo el mundo oriental. (En las excavaciones de Sir JOHN MARSHALL en el emplazamiento de Taxila se descubrieron piedras delicadamente talladas, estatuas sumamente pulidas, monedas antiguas del año 600 a.C. y vajillas de cristal de fina calidad, nunca superadas en la India de épocas posteriores⁹. «Es evidente –dice VINCENT SMITH– que se había alcanzado un alto nivel de civilización material y que eran conocidas todas las artes y oficios correspondientes a la vida de una ciudad rica y culta»¹⁰).

MEGÁSTENES describe a Pataliputra, la capital de CANDRAGUPTA, como una ciudad de nueve millas de largo y casi dos millas de ancho¹¹. El palacio del rey era de madera, pero el embajador griego lo consideraba superior a las residencias reales de Susa y Ecbatana, superado únicamente por las de Persépolis. Sus columnas estaban enchapadas en oro y adornadas con dibujos de aves y hojas; su interior estaba amoblado suntuosamente y adornado con metales y piedras preciosas¹². Había cierta ostentación oriental en esta cultura, que se percibe en el uso de vasijas de oro de seis pies de diámetro¹³; pero un historiador concluye, a partir del testimonio de los vestigios literarios, pictóricos y materiales, que «en los siglos III y IV a. C., la disposición del monarca maurya de lujos de toda clase y la destreza artesanal en todas las artes manuales no era inferior a la que disfrutaron los emperadores mogoles dieciocho siglos después»¹⁴.

Luego de apoderarse del trono mediante la violencia, CANDRAGUPTA vivió veinti-

cuatro años en este palacio como en una jaula de oro. A veces aparecía en público, vestido de fina muselina con bordados de púrpura y oro, conducido en un palanquín dorado o sobre el lomo de un elefante suntuosamente ataviado. Excepto por sus partidas de caza y otras diversiones, todo su tiempo estaba dedicado a los asuntos relacionados con la expansión de su dominio. Sus días estaban divididos en dieciséis períodos de noventa minutos. En el primero se levantaba y se preparaba para la meditación; en el segundo estudiaba los informes de sus agentes y daba instrucciones secretas; en el tercero se reunía con sus consejeros en la sala de audiencias privadas; en el cuarto atendía las finanzas del Estado y la defensa nacional; en el quinto escuchaba las peticiones y las súplicas de sus súbditos; en el sexto se bañaba y comía, y leía literatura religiosa; en el séptimo recibía impuestos y tributos y hacía nombramientos oficiales; en el octavo se reunía de nuevo con su Consejo, y oía los informes de sus espías, incluidas las cortesanas que usaba con ese propósito¹⁵; el noveno lo dedicaba al descanso y a la oración, el décimo y undécimo a los asuntos militares, el décimosegundo de nuevo a los informadores secretos, el décimotercero al baño y la cena nocturna, y los tres restantes al sueño¹⁶. Quizá los historiadores nos dicen lo que CANDRAGUPTA pudo haber sido, o cómo quería KAUTILYA que se lo imaginara el pueblo, y no cómo era realmente. La verdad no suele escapar de los palacios.

La dirección del gobierno estaba realmente en manos del astuto visir. KAUTILYA era un brahmán que conocía el valor político de la religión, pero no se guiaba moralmente por ella; igual que nuestros dictadores modernos, creía que cualquier medio se justificaba si se empleaba al servicio del Estado. Era inescrupuloso y traidor, pero

nunca con su rey; sirvió a CANDRAGUPTA en el destierro, en la derrota, en la aventura, en la intriga, en el asesinato y en la victoria; y con su astuta prudencia convirtió al imperio de su amo en el más grande que la India haya conocido. Igual que el autor de *El príncipe*, KAUTILYA se sintió capaz de conservar por escrito sus fórmulas para la guerra y la diplomacia; la tradición le atribuye el *Arthashastra*, el libro más antiguo de la literatura sánscrita existente¹⁷. Como ejemplo de su delicado realismo podemos repetir su lista de los medios para capturar un fuerte: «Intriga, espías, conquista del pueblo del enemigo, asedio y asalto»¹⁸; una prudente economía de esfuerzo físico.

El gobierno no tenía pretensiones democráticas y fue quizá el más eficiente que haya tenido la India¹⁹. AKBAR, el más grande de los mogoles, «no tuvo nada semejante y es dudoso que alguna de las antiguas ciudades griegas estuviese mejor organizada»²⁰. Se basaba francamente en el poder militar. CANDRAGUPTA, si podemos confiar en MEGÁSTENES (que debe ser tan sospechoso como cualquier corresponsal extranjero), mantenía un ejército de 600.000 infantes, 30.000 jinetes, 9.000 elefantes e innumerables carruajes de batalla²¹. Los campesinos y los brahmanes estaban exentos del servicio militar; y ESTRABÓN describe a los labradores cultivando el suelo en paz y seguridad en medio de la guerra²². El poder del rey era teóricamente ilimitado, pero en la práctica estaba limitado por un Consejo que —a veces con el rey, a veces en su ausencia— proponía las leyes, regulaba las finanzas nacionales y los asuntos extranjeros, y nombraba a los funcionarios más importantes del Estado. MEGÁSTENES es testigo del «elevado carácter y la prudencia» de los consejeros de CANDRAGUPTA y de su poder efectivo²³.

El gobierno estaba organizado en departamentos con deberes bien definidos y una

jerarquía cuidadosamente escalonada de funcionarios, que manejaban impuestos, aduanas, fronteras, pasaportes, comunicaciones, gravámenes al consumo, minas, agricultura, ganado, comercio, depósitos, navegación, bosques, juegos públicos, prostitución y acuñación de moneda. El superintendente de impuestos regulaba la venta de drogas y bebidas embriagantes, restringía el número y la ubicación de las tabernas, y la cantidad de licores que podían vender. El superintendente de minas arrendaba las zonas mineras a los particulares, que pagaban una renta fija y una parte de los beneficios al gobierno; en la agricultura se aplicaba un sistema similar, puesto que las tierras eran de propiedad del Estado. El superintendente de juegos públicos supervisaba las salas de juego, suministraba los dados, cobraba una tarifa por usarlos y recaudaba para el tesoro el cinco por ciento del dinero que recibía la “banca”. El superintendente de prostitución se ocupaba de las mujeres públicas, regulaba sus precios y sus gastos, se apropiaba de sus ingresos de dos días cada mes y mantenía a dos de ellas en el palacio real para que prestaran servicios de entretenimiento y espionaje. Se cobraba impuestos a toda profesión, ocupación e industria; y, además, de vez en cuando se persuadía a los ricos para que mostraran “benevolencia” con el rey. El gobierno regulaba los precios y revisaba periódicamente los pesos y medidas; se encargaba de algunas manufacturas de las factorías del Estado, vendía hortalizas y mantenía el monopolio de las minas, la sal, la madera, las telas finas, los caballos y los elefantes²⁴.

En las aldeas, la ley era administrada por los jefes locales o por los *panchayats*, consejos aldeanos de cinco miembros; en las ciudades, distritos y provincias, por los tribunales inferiores y superiores; en la capital, por el consejo real como corte suprema,

y por el rey como tribunal de apelación. Las penas eran severas e incluían la mutilación, la tortura y la muerte, usualmente siguiendo el principio de la *lex talionis*, o retaliación equivalente. Pero el gobierno no era un simple mecanismo de represión; atendía la sanidad y la salud públicas, mantenía hospitales y puestos de socorro para los pobres, en años de hambruna distribuía los alimentos que se conservaban en los depósitos del Estado para esas emergencias, obligaba a los ricos a contribuir a la asistencia de los desamparados y organizaba grandes obras públicas para disminuir el desempleo en los años de depresión²⁵.

El departamento de navegación regulaba el transporte acuático y protegía a quienes viajaban por ríos y mares; mantenía puentes y puertos, y suministraba barcazas del gobierno, además de las que administraban y poseían los particulares²⁶, una medida admirable, mediante la cual la competencia pública podía contrarrestar los abusos de los particulares, y la competencia privada podía desanimar el derroche oficial. El departamento de comunicaciones construía y reparaba caminos en todo el imperio, desde los angostos caminos de carretas de las aldeas hasta las rutas comerciales de treinta y seis pies de ancho, y los caminos reales de sesenta y cuatro pies. Una de estas vías imperiales se extendía a lo largo de mil doscientas millas, desde Pataliputra hasta la frontera noroccidental²⁷, una distancia igual a la mitad de la extensión transcontinental de los Estados Unidos. MEGÁSTENES dice que más o menos cada milla estas carreteras estaban marcadas con columnas que indicaban la dirección y la distancia a diversos destinos²⁸. A lo largo de la ruta había árboles de sombra, pozos, estaciones de policía y hospederías a intervalos regulares²⁹. El transporte se hacía en carrozas, palanquines, carretas de bueyes,

caballos, camellos, elefantes, asnos y hombres. Los elefantes eran un lujo usualmente reservado a la realeza y a los grandes funcionarios, y eran tan valiosos que la virtud de una mujer era un precio moderado por uno de ellos³⁰.

El mismo método de administración por departamentos se aplicaba al gobierno de las ciudades. Pataliputra estaba gobernada por una comisión de treinta hombres, divididos en seis grupos. Un grupo regulaba la industria; otro supervisaba a los extranjeros, les asignaba alojamiento y sirvientes y vigilaba sus movimientos; otro mantenía un registro de nacimientos y defunciones; otro otorgaba patentes a los mercaderes, regulaba la venta de productos y comprobaba las pesas y medidas; otro controlaba la venta de artículos manufacturados; otro recaudaba un impuesto del diez por ciento sobre todas las ventas. «En suma –dice HAVELL– la Pataliputra del siglo IV a. C. parece haber sido una ciudad muy bien organizada, y administrada de acuerdo con los mejores principios de la ciencia social»³¹. «La perfección de las medidas enumeradas –dice VINCENT SMITH– es asombrosa, aunque se las presente en líneas generales. El examen de los detalles de cada departamento aumenta nuestra admiración por el hecho de que una tal organización haya sido planeada y funcionara eficientemente en la India de 300 a. C.»³².

El único defecto de este gobierno era la autocracia y, por tanto, la continua dependencia de la fuerza y el espionaje. Como todo autócrata, CANDRAGUPTA mantenía precariamente su poder, y siempre temía la revuelta y el asesinato. Cada noche usaba un dormitorio diferente y estaba siempre rodeado de guardias. La tradición hindú, aceptada por los historiadores europeos, cuenta que, cuando una larga hambruna (*pace* MEGÁSTENES) asoló a su reino, CANDRAGUPTA, desespera-

do por la impotencia, abdicó el trono, vivió durante doce años como asceta jaina y luego se dejó morir de hambre. «Considerando todas las cosas –dijo VOLTAIRE–, la vida de un gondolero es preferible a la de un dogo; pero creo que la diferencia es tan insignificante que no vale la pena examinarla»³³.

II. ASOKA, EL REY FILÓSOFO

El sucesor de CANDRAGUPTA, BINDUSARA, fue aparentemente un hombre de inclinaciones intelectuales. Se dice que pidió a ANTÍOCO, rey de Siria, que le obsequiara un filósofo griego; por un verdadero filósofo griego, escribió BINDUSARA, pagaría un alto precio³⁴. No fue posible honrar la propuesta, porque ANTÍOCO no encontró filósofos para la venta; pero el azar compensó a BINDUSARA dándole como hijo a un filósofo.

ASOKA VARDANA subió al trono en 273 a.C. Y se convirtió en gobernante de un imperio más vasto que el de cualquier monarca indio anterior: Afganistán, Beluchistán y toda la India moderna, excepto el extremo sur: el *Tamilakam* o tierra de los tamiles. Durante un tiempo gobernó a semejanza de su abuelo CANDRAGUPTA: cruelmente, pero bien. YUAN CHWANG, un viajero chino que pasó muchos años en la India del siglo VII, nos cuenta que la prisión que ASOKA mantenía en el norte de la capital aún se recordaba en la tradición hindú como el «infierno de Asoka». Allí, decían sus informantes, se habían empleado y practicado todas las torturas de cualquier infierno ortodoxo para castigar a los delincuentes; a las que el rey añadió el mandato de que nadie que entrara en esa prisión podía salir con vida. Pero un día un santo budista, encarcelado sin motivo y arrojado a un caldero de agua hirviendo, se negó a cocinarse. El carcelero envió la noticia a ASOKA, quien acudió,

vio y se asombró. Cuando el rey iba a salir, el carcelero le recordó que de acuerdo con su propio mandato no podía salir vivo de la prisión. El rey admitió la fuerza de la observación y ordenó que arrojaran al carcelero dentro del caldero.

Cuentan que al regresar a su palacio, ASOKA experimentó una profunda conversión. Dio instrucciones para que demolieran la prisión y suavizaran el código penal. Al mismo tiempo se enteró de que sus tropas habían obtenido una gran victoria sobre la tribu rebelde de los kalingas, que habían dado muerte a millares de rebeldes y tomado muchos prisioneros. ASOKA sintió remordimiento al pensar en toda esa «violencia, matanza y separación» de los cautivos «de aquellos a quienes ama». Ordenó liberar a los prisioneros, restituyó las tierras a los kalingas y les mandó un mensaje de disculpa que no tenía precedentes y ha tenido pocas imitaciones. Luego ingresó en la orden budista, llevó por un tiempo el hábito de monje, renunció a cazar y a comer carne y entró en el Noble Óctuple Sendero³⁵.

Hoy es imposible decir qué parte es mito y qué parte es historia; tampoco podemos discernir, a esta distancia, las motivaciones del rey. Quizá vislumbró el crecimiento del budismo y pensó que su código de generosidad y de paz podía constituir un régimen conveniente para su pueblo y ahorrar incontables policías. En el décimo primer año de su reinado empezó a promulgar los edictos más notables de la historia del gobierno y ordenó que los grabaran en rocas y columnas con frases sencillas y en los dialectos locales, de modo que todo indio que supiera leer pudiera entenderlos. Se han hallado edictos en roca en casi todas partes de la India; aún están en pie diez columnas y se ha determinado la posición de otras veinte. En esos edictos vemos que el emperador aceptó totalmente la fe budista y la aplicó

decididamente en la última esfera de los asuntos humanos que podríamos imaginar: la dirección del Estado. Es como si un imperio moderno anunciara súbitamente que en adelante practicaría el cristianismo.

Aunque estos edictos son budistas, no parecen enteramente religiosos. Suponen una vida futura, e indican cuán pronto el escepticismo de BUDA fue sustituido por la fe de sus seguidores. Pero no hacen mención de ningún dios personal ni expresan creencia alguna en su existencia³⁶. Tampoco contienen ninguna palabra acerca de BUDA. Los edictos no muestran interés por la teología: el edicto de Sarnat pide armonía en la Iglesia y prescribe penas a quienes la debiliten con cismas³⁷; pero otros edictos ordenan repetidamente la tolerancia religiosa. Hay que dar limosnas a los brahmanes y a los sacerdotes budistas; no se debe hablar mal de la fe de otros. El rey anuncia que todos sus súbditos son sus hijos bien amados y que no hará distinciones injustas contra ninguno de ellos a causa de sus creencias³⁸. El edicto sobre roca XII dice con pertinencia casi contemporánea: «Su Sagrada y Graciosa Majestad el Rey reverencia a los hombres de todas las sectas, sean ascetas o jefes de familia, mediante regalos y otras formas de reverencia. Sin embargo, a su Sagrada Majestad no le agradan tanto los regalos o la reverencia externa como el desarrollo de la esencia de la materia de todas las sectas. El desarrollo de la esencia de la materia toma diversas formas, pero su raíz es la contención en el hablar; es decir, un hombre no debe reverenciar, sin razón, a su propia secta ni menospreciar a la ajena. El desaprecio debe tener razones concretas, pues las sectas de otras personas merecen todas reverencia por una u otra razón. Obrando así un hombre exalta su propia secta y al mismo tiempo rinde servicio a las sectas de otras personas. Obrando al

contrario, perjudica su propia secta y daña a las sectas de otras personas... La concordia es meritoria».

«La esencia de la materia» se explica aún más claramente en el edicto de la segunda columna. «La Ley de la Piedad es excelente. Pero, ¿en qué consiste la Ley de la Piedad? En estas cosas: poca impiedad, buenas obras, compasión, liberalidad, veracidad, pureza». Para dar ejemplo, ASOKA ordenó que en todas partes sus funcionarios consideraran al pueblo como a sus hijos, que lo trataran sin impaciencia ni dureza, que nunca lo torturaran ni lo encarcelaran sin una buena causa; y ordenó que los funcionarios leyeran periódicamente estas instrucciones al pueblo³⁹.

¿Estos edictos morales mejoraron el comportamiento del pueblo? Quizá hayan tenido que ver con la difusión de la idea del *ahimsa* y de la abstinencia de carne y bebidas alcohólicas entre las clases superiores de la India⁴⁰. El mismo ASOKA tenía toda la confianza de un reformador en la eficacia de sus pétreos sermones; en el edicto sobre roca IV, anuncia que ya se han producido resultados maravillosos, y su resumen nos muestra más claramente su doctrina: «Hoy, en razón de la práctica de la piedad por Su Sagrada y Graciosa Majestad el Rey, el repercutir de los tambores de guerra se ha convertido en el repercutir de la Ley [...] A diferencia de lo no sucedía en años anteriores, en razón de la inculcación de la Ley de la Piedad por Su Sagrada y Graciosa Majestad el Rey, hoy [existe] una creciente abstención del sacrificio de criaturas vivientes, una abstención de la matanza de seres animados, un comportamiento decoroso con los parientes, un comportamiento apropiado con los brahmanes, se escucha con atención al padre, a la madre y a los ancianos. Así y de muchas otras maneras, la práctica de la Ley [de la Piedad] ha aumentado, y Su Sagrada y Gra-

ciosa Majestad el Rey hará que aumente aún más esta práctica de la Ley. Los hijos, nietos y biznietos de Su Sagrada y Graciosa Majestad el Rey harán que esta práctica de la Ley aumente hasta el tiempo de la destrucción universal».

El buen rey exageraba la piedad de los hombres y la lealtad de los hijos. Trabajó arduamente por la nueva religión; se convirtió en jefe de la Iglesia budista, le prodigó sus dones, construyó 84.000 monasterios⁴¹, en su nombre fundó hospitales para hombres y animales en todo el reino⁴². Envió misioneros budistas a todas partes de la India y Ceilán, e incluso a Siria, Egipto y Grecia⁴³, donde quizá prepararon el terreno para la ética de CRISTO⁴⁴; y poco después de su muerte salieron de la India misioneros a predicar el evangelio de BUDA en el Tibet, China, Mongolia y Japón. Además de su actividad religiosa, ASOKA se dedicó con celo a la administración secular de su imperio; sus días de labor eran largos y siempre estaba a disposición de sus ayudantes para los asuntos públicos⁴⁵.

Su principal defecto fue la egolatría; es difícil ser modesto y reformador al mismo tiempo. El aprecio por sí mismo brilla en cada uno de sus edictos y lo hermana con MARCO AURELIO. No percibió que los brahmanes lo odiaban y sólo aguardaban la ocasión para destruirlo, como los sacerdotes de Tebas destruyeron a AKENATÓN mil años antes. No sólo los brahmanes, que sacrificaban animales para sí mismos y para los dioses, sino también miles de cazadores y pescadores estaban resentidos por los edictos que imponían tan severas limitaciones a la matanza de animales; aun los campesinos refunfuñaban ante el mandato de no «quemar las malezas junto con los seres vivos»⁴⁶. La mitad del imperio aguardaba con esperanza la muerte de ASOKA.

YUAN CHWANG nos cuenta que de acuerdo con la tradición budista, ASOKA fue des-

tronado en sus últimos años por su nieto, quien actuó con ayuda de los funcionarios de la corte. Se le quitó gradualmente todo poder al anciano rey, y llegaron a su fin los regalos a la Iglesia budista. Los bienes de ASOKA fueron mermando poco a poco, aun los alimentos, hasta que un día su ración total fue medio fruto de *amalaka*. El rey lo miró tristemente, y luego lo envió a la hermandad budista: era todo lo podía dar⁴⁷. Pero en realidad no sabemos nada de sus últimos años, ni siquiera el año de su muerte. Una generación después, su imperio, igual que el de AKENATÓN, se rompió en pedazos. Cuando fue evidente que la soberanía del reino de Magadha se mantenía por la inercia de la tradición más que por la organización de la fuerza, un Estado tras otro retiró su adhesión al rey de reyes de Pataliputra. Los descendientes de ASOKA siguieron gobernando Magadha hasta el siglo VII; pero la dinastía de los Maurya que fundó CANDRAGUPTA llegó a su fin con el asesinato del rey BRIHADRATHA. Los estados no se construyen a partir de ideales, sino a partir de la naturaleza humana.

ASOKA fracasó en un sentido político; en otro sentido, cumplió una de las grandes tareas de la historia. Doscientos años después de su muerte el budismo se había difundido en toda la India e iniciaba la conquista pacífica de Asia. Si hasta hoy en día el plácido rostro de GAUTAMA invita a los hombres a ser benévolos y a amar la paz—desde Kandy en Ceilán hasta Kamakura en Japón—ello obedece en parte a que un soñador, quizá un santo, ocupó una vez el trono de la India.

WILL DURANT

Our Oriental Heritage. The story of civilization, 1, cap. xvi. Norwalk: The Easton Press, 1935.

Traducción

ALBERTO SUPELANO S.

1. ARRIANO, *Anabasis of Alexander*, v, 19. vi, 2.
2. SMITH, *Oxford History*, 66.
3. La moderna Patna.

4. KOHN, H. *History of Nationalism in the East*, 350.
5. ARRIANO, *Indica*, x.
6. En DUTT, *Civilization of India*, 50.
7. ARRIANO, *Anabasis*, vi, 2.
8. *Ibíd.*, v, 8; ESTRABÓN, xv, i, 28.
9. *Enc. Brit.*, xii, 212.
10. SMITH, *Oxford History*, 62
11. ARRIANO, *Indica*, x.
12. HAVELL, 75.
13. SMITH, *Oxford History*, 77.
14. *Ibíd.*, 114.
15. *Ibíd.*, 79.
16. HAVELL, *History*, 82-83.
17. Es de autenticidad incierta. SARTON (147) lo acepta como de Kautilya, pero MACDONELL (*India's past*, 170) lo considera obra de un autor posterior.
18. En SMITH, *Oxford History*, 84.
19. SMITH, *Akbar*, 396.
20. SMITH, *Oxford History*, 76, 87.
21. *Ibíd.*, 311.
22. ESTRABÓN, xv, i, 40.
23. HAVELL, 82.
24. BARNETT, 99-100; HAVELL, 82.
25. *Ibíd.*, 69, 80.
26. *Ibíd.*, 74.
27. *Ibíd.*, 71 s.; BARNETT, 107.
28. DAVIDS, *Buddhist India*, 264; HAVELL, *ibíd.*
29. ESTRABÓN, xv, i, 51.
30. «Sus mujeres, que son muy castas y no se descarriarían por ninguna otra razón, al recibir un elefante tienen relación con el donante. Los indios no consideran vergonzoso prostituirse por un elefante, y para las mujeres es incluso un honor que su belleza parezca de igual valor al de un elefante». ARRIANO, *Indica*, xvii.
31. HAVELL, 78.
32. SMITH, *Oxford History*, 87.
33. VOLTAIRE, *Candide*.
34. HAVELL, 88.
35. *Ibíd.*, 91-92; SMITH, *Oxford History*, 101.
36. V. SMITH, *Asoka*, 67; DAVIDS, *Buddhist India*, 297.
37. SMITH, *Asoka*, 92.
38. *Ibíd.*, 60.
39. Edicto Provincial i; HAVELL, 93.
40. HAVELL, 100; SMITH, *Asoka*, 67.
41. WATTERS, II, 91.
42. MUTHU, 35.
43. Edicto XIII.
44. HAVELL, 100; SMITH, *Oxford History*, 135; S. M. MELAMED, *Spinoza and Buddha*, 302-303, 308.
45. Edicto VI.
46. Edicto V.
47. WATTERS, 99.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIAN [ARRIANO]. *Anabasis of Alexander, and Indica*. London, 1893.
- BARNETT, L. D. *Antiquities of India*. New York, 1914.
- DAVIDS. T. W. RHYS. *Buddhist India*. New York, 1903.
- DUTT, R. C. *The Civilization of India*. London: Dent, s. f.
- HAVELL, E. B. *History of Aryan Rule in India*. London: Harrap, s. f.
- KOHN, HANS. *History of Nationalism in the East*. New York, 1929.
- MACDONELL, A. A. *India's Past*. Oxford, 1927.
- MELAMED, S. M. *Spinoza and Buddha*. Chicago, 1933.
- MUTHU, D. C. *The Antiquity of Hindu Medicine and Civilization*. London, 1930.
- SARTON, GEO. *Introduction to the History of Science*. Vol. 1. Baltimore, 1930.
- SMITH, V. A. *Akbar*. Oxford, 1919.
- SMITH, V. A. *Asoka*. Oxford, 1920.
- SMITH, V. A. *Oxford History of India*. Oxford, 1923.
- STRABO [ESTRABÓN]. *Geography*, 8 vols. New York: Loeb Classical Library, 1917-32.
- WATTERS, T. *On Yuan Chuang's Travels in India*, 2 vols. London, 1904.

